



Jorge Edwards

El Hermano Mayor

Leí en alguna parte que ya existía en Santiago ambiente de Teletón y decidí pasar el fin de semana en Isla Negra. No es que tuviera una idea demasiado precisa de la Teletón, pero soy, en general, enemigo de todos los "ambientes" colectivos: el ambiente de carnaval, el de Mundial de fútbol, el de guerra, el de Teletón. Me declaro enemigo, incluso, y no por una cuestión de principio, sino de sistema nervioso y de amor a la música, de afición a escucharla en serio, de la música ambiental.

Llegué a Isla Negra y descubrí que soy un perfecto ingenuo. Toda esa región, El Tabo, Isla Negra, El Quisco, presentaba, durante las 27 horas de la Teletón, un espectáculo extraordinario. Era una población entera, pescadores, campesinos, niños, ancianos, bordadoras, pequeños comerciantes, hipnotizada por una pantalla, por el movimiento y el ruido de una pantalla. Entré a una cocina donde cuatro personas, tres adultos y una menor, pebaban porotos granados con gestos mecánicos y escuchaban la cadena radial absortos. Escuché también, y comprobé que eran palabras escasamente hiladas, repetidas, de un nivel de información cercano al cero absoluto.

¿Y ustedes necesitan escuchar esto para pelar porotos?, pregunté. Las cuatro personas levantaron la cabeza, ensupfactas. Hubo una risa nerviosa, como si la pregunta mía saliera de todo lo tolerable y previsible, y reanudaron la tarea.

Después supe que Enrique Lafourcade, que ya se pesquía algunas críticas irreverentes el año pasado, iba a participar en un pñeco a la Teletón. ¿Se atreverá Lafourcade, pensé, este año, en un foro público,

a pocas horas de terminada la cadena nacional, en contra de la corriente abrumadora y masiva a sostener sus posiciones? Lafourcade se atrevió, y todos conocemos las consecuencias. Bastante poco faltó para que fuera lapidado en la vía pública.

Trataré de anotar someramente algunas de las reflexiones que me ha suscitado este asunto. Es muy probable que en el contexto económico actual y en nuestra condición de país subdesarrollado no exista otra manera de reunir fondos sustanciales para ayudar a los niños li-ciados, es decir, para obtener un fin necesario, hermoso, y que ni Enrique Lafourcade ni nadie ha pretendido discutir. Si estuviéramos en Alemania Federal o en Suiza, este mismo fin se conseguiría con medios diferentes, menos bulliciosos, pero estamos a considerable distancia de Alemania Federal y de Suiza. En este sentido, el invento de don Francisco es de una eficacia notable. Por lo demás, si las empresas privadas que practican la caridad con bombos y platillos, sin la discreción que pedía el Evangelio según San Mateo, se enriquecen, esto no impide, sino por el contrario, permite que el fin benéfico se cumpla. El enriquecimiento de las empresas y de las personas formaría parte, entonces, de las reglas del juego.

En el terreno de la eficacia pura, que es el terreno en que el fin justifica los medios, las cosas quedarían así. Pero la cuestión, más importante de lo que parece a primera vista, tiene otros aspectos. Para esas hujilides campesinos y pescadores de nuestra costa central, don Francisco, el hipnotizador, era un personaje muy semejante al Mesías,

era el Mesías que había venido hasta nosotros en gloria y majestad, aureolado por el resplandor de los reflectores. Se trataba, sin duda, de la segunda venida, de la llegada del milenio, puesto que el crucificado era Enrique Lafourcade, que hacía las veces del mal ladrón, y no don Francisco.

Otra reflexión: el año próximo se cumplen los 800 años del nacimiento de Francisco de Asís, el "poverello", pero la relación con don Francisco, que practica la caridad con resultados mucho mejores, no pasa de ser un alcance de nombres. Dentro de tres años, en cambio, llegaremos a una fecha bastante más significativa. "1984" es el título de la novela en que George Orwell, el crítico más implacable del Estado totalitario moderno, describió una de las alternativas, la más siniestra, del mundo del futuro. En esa novela todos los personajes del futuro están vigilados desde pantallas por la mirada de un ser llamado el Hermano Mayor. Se abolió la vida privada hace mucho tiempo. Los libros han desaparecido, almacenados en los subterráneos secretos de la policía, y la lectura es un delito que el Hermano Mayor, desde su pantalla omnipotente, detecta y sanciona de inmediato.

Las preguntas de Lafourcade pueden ser impertinentes y sus argumentos pueden ser discutibles, pero el derecho a disentir es sagrado. Después de leer las noticias y de ver una encuesta a unas "fatmosas" curiosamente unánimes, he pensado: ¿qué cerca estamos de 1984? El único que disiente, en esa encuesta, es un pedalista de Calama, de 81 años de edad. ¡Simpático y honrado pedalista! Estamos solos, pero me siento bien acompañado.

600343

El mundo. Seco. 18-XI-1981 P. A. 3

El hermano mayor. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1981

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El hermano mayor. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile